



*Maximiliano
Díaz
Santelices*

Profesor de
Literatura
Poeta

"¿La librería de Babel?"

"Leí todos los libros y es, ¡ay!, la carne triste."
(Brisa marina. Mallarmé)

Una de las características de estos "Tiempos modernos" es que la tecnología, a través de internet, nos ha puesto el mundo al alcance de las manos. Basta apretar algunas teclas o mover tus dedos sobre una pantalla, y podrás saber lo que pasa en el resto del planeta, comunicarte con personas que viven a miles de kilómetros, incluso puedes viajar sin salir de tu habitación o reservar pasajes, hoteles, etc. Si tienes una duda, preguntar y tener respuestas de inmediato, así todo se torna más fácil, claro aparentemente más fácil.

Otra ventaja de esta época, es que hemos descubierto que el arte también está a tu disposición, a través de una pantalla, puede visitar gran cantidad de museos virtuales, escuchar o leer la explicación de las obras de esos museos, galerías con fotos que puedes bajar, incluso asistir al teatro. Puedes escuchar libros, descubrir librerías virtuales donde puedes comprar las obras completas, por ejemplo, de Rimbaud, el "Ulises" de Joyce, obras de Houellebecq o de Bolaño, etc. (en papel o en e-book), es más, incluso de manera gratuita hay sitios que te permiten bajar los libros.

La oferta es tan grande que puedo bajar a mi dispositivo la película que quiero o verla "on line", tener la discografía completa de The Beatles, de Dylan, de Coltrane, de Miles, es decir, todo lo que tocó Miles, hasta en sus sesiones de grabación. ¡Todo! Lo puedo tener en mi computador o en mi smartphone, por lo tanto, puedo tener la producción completa, digamos, de varios grupos, cantantes o compositores en uno solo aparato. Esto es, pensé en un comienzo, lo más maravilloso que podía esperar un coleccionista de música, la democratización de la cultura. En lugar de recorrer calles o tiendas con mucho tiempo y dinero en los bolsillos, basta solo con buscar en la red lo que tú quieras y lo tendrás casi en el acto.

Hagamos un racconto a tiempos más básicos. Cuando era un estudiante, cerca de mi universidad había una serie de pequeñas librerías de viejo, hoy desaparecidas. Siempre las recorría buscando alguna "joyita", algún valioso y escaso libro que el librero no hubiera detectado y que, por lo tanto, con un precio inferior a su valor, estuviese allí esperándome. De esta manera, encontré muchos libros que aún hoy conservo y recuerdo la felicidad que sentí al encontrarlos, incluso de muchos de ellos podría contar la historia de dónde los hallé, la emoción que sentí, lo que debía disimular para que el vendedor no sospechara la importancia que ese libro tenía para mí y, así, subirle el precio. Todavía recuerdo, que cuando no tenía dinero y ubicaba un libro que quería tener, lo escondía entre otros, lejos

de su lugar de origen, lo escondía y días después, cuando ya había conseguido el dinero, lo sacaba de su exilio y me lo llevaba a mi casa donde aún reposa. Así durante muchos años armé mi biblioteca. Ciudad, comuna, pueblo al que iba, siempre buscaba una librería de viejo. Recuerdo en especial muchas librerías en Buenos Aires o en el Persa Bío Bío; en Mendoza; en Madrid, en el Rastro o al lado del Museo del Prado; en París junto al Sena donde adquirí una edición en francés de "Las flores del mal" o en la turística y maravillosa "The Shakespare and Company". Recuerdo los cientos de librerías en Atenas, donde miré muchos libros, pero no compré ninguno, en Lisboa la librería "Bertrand", que se jacta de ser la más antigua del mundo. Librerías de San Diego, de Copacabana, de Manuel Montt, de Londres, Lastarria o Merced (antes que el snobismo se hubiera apoderado de ellas), librerías de Matucana, de Plaza Brasil, de Roma, de Montevideo, de Lima, de Nueva York. Recuerdo cada librería, como recuerdo las calles que tuve que cruzar para encontrarlas.

Algo similar me ocurría con los discos de Jazz, los buscaba por todas partes lugar donde iba, era obligatorio para mí ubicar las disquerías y allí preguntar por discos especialmente de Jazz. Pero a comienzos de los '90 esta música era escasa en Santiago y solo algunas tiendas los traían a precios inalcanzables, para un mortal común y corriente. Sin embargo, me había hecho de una buena colección, había alcanzado a tener algunos cientos de discos, encargando a gente que viajaba (eran mucho más baratos afuera), por otros pagué pequeñas fortunas y algunos los compré de segunda mano, fue así como llegué a tener varios cientos de cds. Pero una noche llegué a mi casa y me di cuenta con amargura, que habían abierto una ventana, habían entrado y me habían robado todos los discos. Los que más sentí, por supuesto, fueron los discos de Jazz, pues detrás de cada uno había una historia y eran muy difíciles de reemplazar. Afortunadamente, los ladrones solo se robaron mis discos, no tocaron los libros (supongo que eran más fáciles de transportar o a ¿quién le interesa leer?). Algo se quebró en mí con ese robo, recorrí durante meses ferias libres o mercados persas, buscando mis discos, pero nunca encontré ninguno. Como recordaba la mayoría de los discos perdidos, traté de reemplazar mi antigua colección y comencé a comprar vinilos, que todavía estaban muy baratos (aún la manía retro no se había apoderado de ellos), compré una gran cantidad, junto con una tornamesa y alguna de mis heridas cicatrizaron. También compré una grabadora de cds y con ella comencé a "respaldar" todos los cds de mis amigos, intentando recobrar mi colección perdida. No solo eso, además fotocopiaba en color sus carátulas, es decir, los dejaba muy próximo al original. Un coleccionista también colecciona el arte que hay en las carátulas, colecciona los nombres de los músicos, la fecha de la grabación, el lugar, etc.

Pero volviendo al comienzo de esta columna, ahora que está todo al alcance de estas teclas con las que escribo estas notas, ahora que basta tener el nombre del álbum de discos o el de un libro o una película, para buscarlos y bajarlos aquí en mi casa,

sin necesidad de salir de ella ¿Seremos más felices, estaremos más satisfechos? La respuesta para alguien nacido en los '90 es fácil, todos sus discos no ocupan lugar físico en la casa, están en sus computadores o teléfonos, allí tienen todo lo que quieren, sin salir a buscar, incluso en algunos casos sin siquiera pagar. Claro, pero no hay detrás de esos discos ninguna historia que contar, ninguna pequeña felicidad al hallarlo, ningún lugar, ninguna calle. Hoy podemos tener acceso a la obra completa de Fernando Pessoa, a las novelas de Proust, a la discografía completa de cualquier compositor, pero ¿Tenemos más tiempo para leerlas? ¿Tenemos más tiempo para escucharlas? Sabemos que la vida de una persona no alcanza para leer, escuchar y ver todo lo que se ha producido, todo lo que está a disposición en la red. Por eso antes el tiempo, la selección natural de las librerías, de las disquerías o de los cines hacían su trabajo, pero hoy que está todo a tu alcance, entramos en pánico, pues no sabemos por dónde comenzar a explorar esta, parodiando a Borges, "Librería de Babel". Qué libro leer, qué película ver, qué nuevos o viejos discos escuchar. Está todo, pero esto nos paraliza, suelo tener gran cantidad de obras que he bajado, obras completas que tengo, pero que no he leído, escuchado, ni visto, pues lo he dejado para después, cuando "tenga tiempo". Antes compraba un libro, para leerlo y, efectivamente, lo leía.

Además y, digámoslo de una vez, no porque esté todo al alcance de la mano, la gente tiene mejores gustos, discrimina lo comercial de lo de valor, o sea, no por tener más oferta, estamos leyendo más cosas de calidad, estamos viendo más cine imprescindible o escuchando mejor música. Por otra parte, también se nos fue el encanto de encontrar entre varios libros, el que tú hace años buscabas, el encanto de tocar su cubierta, de oler sus páginas, de descubrir entre ellas un boleto de micro, alguna anotación, el nombre de su antiguo dueño, un papel de chocolate. Ahora basta con poner su nombre en Google y buscarlo. Hemos perdido el placer de refugiarse en una sala de cine de la lluvia, abrir la pequeña bolsita de caramelos tratando de hacer poco ruido, dejarse arrastrar por la oscuridad de la sala, perder la orientación al salir nuevamente a la calle luego de dos horas. Cuándo fue la última vez que desenvolviste un disco recién comprado y lo escuchaste no una, sino muchas veces, hasta aprendértelo, cuántos discos podías comprar en un mes, cuántos discos podías escuchar.

Hoy en tu computador hay cientos de discos, cientos de libros y cientos de películas que están esperando solo tu orden para aparecer frente a ti. En tu celular tienes muchas aplicaciones donde puedes encontrar todo lo que quieras leer o escuchar. Las plataformas de "streaming" cada vez con más oferta, no necesariamente buena, nos abruma. Hemos desarrollado un sistema que excede en mucho la capacidad humana, por eso nos sentimos bloqueados, paralizados frente a esta realidad tan vasta y que posiblemente se verá ciento de veces duplicada antes que hayamos desaparecido. Parodiando ahora al poeta Mallarmé deberíamos decir: "Tengo todos los libros y es, ¡ay!, la carne triste". La librería de Babel está ahí, aparecerá apenas tengas tiempo de apretar las teclas.

